

ARQUITECTURA MIGRANTE Y NUEVOS INTRUSOS URBANOS. LA BUENOS AIRES DE LOS CABECITA NEGRA Y EL QUITO DE LOS CHULLITAS

Marisa Martínez Pésico

Università degli Studi Guglielmo Marconi – Italia

m.martinezpésico@unimarconi.it

Muchos perros hacen la muerte de un ciervo.

Juan Domingo Perón

Con Velazco churrasco, con Velazco azúcar, con Velazco Todo.

Eslogan de campaña electoral de José María Velasco Ibarra

EL PRESENTE TRABAJO NO SE propone estudiar la “arquitectura material” de las dos capitales sudamericanas mentadas en el título. No abordará el espacio físico metropolitano como reflejo de la vida mental —la *Geistleben* simmeliana— de sus habitantes, su monumentalismo u ornamentación, el fraccionamiento del espacio enmarcado por fronteras, las formas de exhibir el mundo de las mercancías ni los procesos visibles de ruïnificación o decadencia como correlatos tangibles de procesos sociohistóricos. Tampoco analizará la reproducción de diseños urbanos en rigurosos dameros que parcelaron el territorio de muchas ciudades colonizadas ni ensayará una lectura de las capas, desechos o migajas urbanas. Lo que se propone esta nota es mostrar someramente el modo en que dos narraciones literarias representaron las transformaciones de la *arquitectura humana* de Buenos Aires y de Quito en el arco temporal que va de los años treinta a los cincuenta, dando cuenta de una metamorfosis demográfica originada por procesos de ascenso y movilidad étnica o social, derivada de políticas gubernamentales de corte populista.

Con *arquitectura humana* nos referimos a la composición demográfica de un entorno urbano en un momento histórico particular, cuya fachada (en sentido metafórico) es más variable y dinámica que la *edilicia*, pues se sustenta en los flujos migratorios de personas, por contraste con la *arquitectura edilicia* y sus modos de representación material que redistribuyen, reconfiguran y parcelan el espacio, con ayuda de la técnica, en unidades territoriales (casas, edificios, manzanas, barrios, etc.).

Hemos seleccionado estos dos casos sudamericanos, aunque podríamos haber enriquecido este estudio con el análisis de las formas de arquitectura humana asumidas en textos literarios contextualizados en otras ciudades latinoamericanas durante los regímenes conocidos como *de populismo clásico* (Freidenberg 2007, 53), que incluyeron a figuras tan variadas como Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en Brasil, Arnulfo Arias en Panamá, Carlos Ibáñez del Campo en Chile, Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú o Jorge Eliécer Gaitán en Colombia. Nos concentraremos, en esta oportunidad, en la ficcionalización de los nuevos entornos humanos en dos narraciones que remiten a los gobiernos de dos figuras, también clasificadas dentro de la taxonomía de *populismo clásico*: Juan Domingo Perón en Argentina y José María Velasco Ibarra en el Ecuador.

Para el caso de la capital argentina nos referiremos al cuento “Cabecita negra” (1962), incluido en la antología homónima de Germán Rozenmacher (1936-1971) —y, tangencialmente, al clásico “Casa tomada” (1951) de Julio Cortázar—, como reelaboración ficcional del conflicto interclases originado durante la gestión de Juan Domingo Perón, entre 1943 y 1955; primero, como Secretario de Trabajo y, luego, durante los primeros dos de sus tres mandatos presidenciales. Para el caso de la capital ecuatoriana, tomaremos la novela *El Chulla Romero y Flores* (1958), de Jorge Icaza, como ficcionalización de similares prejuicios de clase racial y social en el contexto de las migraciones internas favorecidas durante las primeras tres de las cinco presidencias de José María Velasco Ibarra que tuvieron lugar, con interrupciones, entre 1934 y 1956.

El concepto de *personaje*, como componente primordial de la escenografía, se remonta al drama griego clásico, en las obras de Eurípides, Esquilo o Sófocles, en las que el cambio de escena se daba por la entrada y salida de los personajes y no por las variaciones del decorado o del espacio físico circundante. La ruptura de la unidad aristotélica del espacio se materializó durante el Renacimiento isabelino (en las obras de William Shakespeare y de Christopher Marlowe) y gracias al *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* (1609), de Lope de Vega (1562-1635), donde el español teorizó el cambio de cuadro según los diferentes espacios que aparecieran en la obra. Nos interesa en este trabajo recuperar la primigenia *dignidad* del personaje como elemento de mayor fuerza visual dentro del cronotopos literario. Esta idea se relaciona con la distinción que José Carlos Rovira efectúa entre *paisaje urbano* (la ciudad como objeto) y *teatro urbano*:

[...] el escenario con sus actores, es decir, lo que hacen los personajes que aparecen en el paisaje, sus comportamientos, sus actitudes, sus palabras, sus costumbres [...] No son solo los lugares, sino la vida de los que los pueblan, lo que nos permiten estructurar continuos textuales. (Rovira 2005, 15)

Los dos relatos incorporan en sus títulos apelativos que connotan un sentido peyorativo, vocativos que marcan una diferencia jerárquica entre el emisor y el receptor. “Cabecita negra”, por ejemplo, es una denominación nacida en los años cuarenta en Buenos Aires para nombrar a los migrantes internos de origen mestizo o indígena, provenientes de las zonas rurales de las provincias del noroeste del país, con el fin de trabajar como obreros en las fábricas que se abrieron como corolario de un pujante proceso de industrialización. La distinción de clase se apuntaló en una diferencia de color y, así, se fundó la dicotomía entre inmigrantes europeos y migrantes internos, entre la “Argentina inmigrante” y la “Argentina criolla”. Tal denominación despectiva proviene de una pequeña ave típica de Sudamérica, de cuerpo amarillo y cabeza oscura, cuyo nombre científico es *Carduelis magellanica*.

El protagonista del cuento de Rozenmacher, el señor Lanari, es un pequeño propietario de clase media, de origen inmigrante caucásico, que una noche de insomnio sale a caminar por la ciudad y de pronto escucha a una mujer que grita; “una cabecita negra sentada en el umbral del hotel que tenía el letrero luminoso *Para Damas*”, de aspecto descuidado, “despatarrada y borracha, casi una niña, con las manos caídas sobre la falda [...] las piernas abiertas bajo la pollera sucia de grandes flores chillonas y rojas y la cabeza sobre el pecho y una botella de cerveza bajo el brazo”. La mujer le pide dinero para volver a su casa y el señor Lanari, compadecido, accede (“se dijo que así eran estos negros, qué se iba a hacer, la vida era dura”). Un policía que atestigua la escena interpreta el pago como producto de una transacción sexual y los detiene por alterar el orden en la vía pública. El señor Lanari le sonríe con un gesto de complicidad y no tiene mejor idea que decirle: “Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente” (56)¹. Entonces se da cuenta de que el vigilante también era “bastante morochito”, es decir, de piel oscura.

El sociólogo italiano Gino Germani, exiliado en Argentina desde 1934, analizó en *El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos* (1973) las bases sociales del movimiento, los tipos de alianzas de clase involucrados, así como los efectos de la movilización y del desplazamiento sobre los cambios psicosociales en el país. Entre 1943 y 1946, la base de apoyo del peronismo —al que denomina *populista* o *Movimiento Nacional Popular*— estuvo constituida por los obreros rurales y por los sectores de la baja clase media, así como por los migrantes internos. Su hipótesis es que el apoyo decisivo fue de los obreros manuales, cuyo gran aumento y desplazamiento desde el interior del país hizo posible la existencia misma del movimiento. Hubo modificaciones sustanciales en la PEA (población económicamente activa), dado que hacia 1945-1946 la mayor parte de la clase obrera nativa y urbana había sido reemplazada por los recién llegados de las provincias. De

1 “Curda”: borrachera. “Barullo”: ruido. Regionalismos de origen lunfardo.

esta forma, el desarrollo industrial en Argentina hacia 1940 provocó profundos cambios en la estructura socioeconómica y en la estratificación ocupacional de las regiones centrales (Buenos Aires y provincias del Litoral) y periféricas (circundantes) desde 1935 a 1946, que aceleraron el proceso de industrialización manufacturera y disminuyeron el artesanal². Tanto los cambios cualitativos como los cuantitativos se debieron a dos factores externos principales y a varios internos: por un lado, a la Segunda Guerra Mundial —que conllevó al derrumbe de la economía agroexportadora— y a los efectos de la gran depresión de 1930; y por otro, al sistema de tenencia de la tierra y a la evolución del trigo, el maíz y la carne en el mercado internacional. Todo condujo a una mayor urbanización y a la disminución de la inmigración europea. “El componente criollo de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo social, el *cabecita negra*, que fue a su vez sinónimo de peronista” (25). Para Germani, la comprensión del surgimiento del peronismo exige distintos niveles de análisis: tanto el de la estructura socioeconómica (se puede estudiar como expresión del desarrollo de una forma particular del capitalismo) como el de la estructura sociopolítica (como producto de una crisis orgánica en sentido gramsciano, de movilización que involucró a las clases bajas y propició la base de un movimiento político organizado).

El primer guiño del cuento de Rozenmacher a la existencia de una realidad social concomitante con las arbitrariedades sufridas por el señor Lanari se advierte en el siguiente pasaje del *fluir* de la conciencia del protagonista: “Pasaban cosas muy extrañas en los últimos tiempos. Ni siquiera en la policía se podía confiar. No. A la comisaría no. Sería una vergüenza inútil” (1962, 58). La sensación que lo invade lentamente es la del absoluto desamparo, en el ámbito público y privado, como consecuencia de la impunidad generalizada

2 En la Argentina existe un antecedente en el estudio de las multitudes urbanas como masas indispensables para la consolidación del país tras el primer aluvión inmigratorio del siglo XIX, pero que deben ser fundamentalmente organizadas y educadas. Se trata del estudio de psicología colectiva de corte positivista de José María Ramos Mejía titulado *Las multitudes argentinas* (1956).

de esos nuevos arquetipos sociales recién llegados que, como señala Germani, se agremian y se sindicalizan.

Vea agente. Yo no tengo nada que ver con esta mujer, dijo, señalándola. [...] quiso decirle que ahí estaban ellos dos, del lado de la ley y esa negra estúpida que se quedaba callada [...] De pronto se acercó al agente que era una cabeza más alto que él, y que lo miraba de costado, con desprecio, con duros ojos salvajes, inyectados y malignos, bestiales con grandes bigotes de morsa. Un animal. Otro cabecita negra. (55)

Afirma Catherine Saintoul que “el lenguaje zoológico forma parte del vocabulario colonial” (1998, 98) y el señor Lanari, de origen europeo, incorpora ese lenguaje animalizado para nombrar al *otro*, al *cabecita negra lumpen*, al que siente extranjero y nunca compatriota. Así se presenta al señor Lanari:

No podía quejarse de la vida. Su padre había sido un cobrador de la luz [pero él] había trabajado como un animal y ahora tenía esa casa del tercer piso cerca del Congreso [...] y hacía pocos meses había comprado el pequeño Renault que ahora estaba abajo, en el garaje y había gastado una fortuna en los hermosos apliques cromados [...] Se daba todos los gustos. Pronto su hijo se recibiría de abogado [...] todo lo que había hecho en la vida había sido para que lo llamaran *señor*. Y entonces juntó dinero y puso una ferretería. Se vivía una sola vez y no le había ido tan mal. No señor. Ahí afuera, en la calle, podían estar matándose. Pero él tenía esa casa, su refugio, donde era el dueño, donde se podía vivir en paz, donde todo estaba en su lugar, donde lo respetaban. (58)

A medida que avanzamos en la lectura del cuento, asistimos a la progresiva desintegración de los refugios y certezas del protagonista, cuyo desarraigo de los espacios conocidos lo empujan a vegetar en un estado de *anomia* (en sentido durkhemiano, como pérdida del dominio de las normas que rigen el comportamiento social) y de

alienación (en el sentido etimológico y no marxista: el señor Lanari se convierte en un ser ajeno, un alienado de sí mismo) pues las últimas barricadas de su identidad entran en crisis al irrumpir el policía y la joven en su propia casa.

Estaba atrapado por esos negros [...] El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso. Ahora sentía lo mismo. La misma vejeción, la misma rabia. Hubiera querido que estuviera ahí su hijo. No tanto para defenderse de aquellos negros que ahora se le habían despatarrado en su propia casa, sino para enfrentar todo eso que no tenía ni pies ni cabeza y sentirse junto a un ser humano, una persona civilizada. Era como si de pronto esos salvajes hubieran invadido su casa. Sintió que deliraba y divagaba y sudaba y que la cabeza le estaba por estallar. Todo estaba al revés. Esa china que podía ser su sirvienta en su cama y ese hombre del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era policía, ahí, tomando su coñac. La casa estaba tomada. (57)³

La irrupción en el espacio íntimo debe leerse metafóricamente como una invasión de la “Argentina criolla” en los espacios de hegemonía de la antigua “Argentina inmigrante”. Esta lectura se ve favorecida por la alusión intertextual al cuento cortazariano que el grupo de la revista *Contorno* había interpretado como alegoría de la “ocupación” peronista del país, de los peligros políticos y económicos que acarrearían para las antiguas élites sociales, económicas e intelectuales dominantes. La misma amenaza de desplazamiento que había significado para la aristocracia el ascenso de la burguesía antes de la Revolución Francesa. Si Cortázar había apelado a la vacilación intrínseca, al género fantástico, para graficar el estado de alienación de una pareja de hermanos, desposeídos de su propia casa ante el avance ineludible de unos ambiguos “pobres diablos”, Rozenmacher transmite idéntico desasosiego, pero en clave realista.

3 “Tomada” es una dilogía: tiene el doble sentido de ‘borracha’ y de ‘ocupada’.

Podría ir a la comisaría, denunciar todo pero ¿denunciar qué? ¿Todo había pasado de veras? [...] le dolía la boca del estómago y todo estaba patas arriba y la puerta de calle, abierta. Tragaba saliva. Algo había sido violado. “La chusma”, dijo para tranquilizarse, “hay que aplastarlos, aplastarlos”, dijo para tranquilizarse. “La fuerza pública”, dijo, “tenemos toda la fuerza pública y el ejército”, dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba. Y de pronto el señor Lanari supo que desde entonces jamás estaría seguro de nada. De nada. (57)

Como sostiene Ángel Rama, las ciudades en las que se arracimaron ingentes migraciones rurales internas, y a veces aún mayores externas, comenzaron a cambiar bajo este impacto que desbordó las planificaciones fundacionales: la ciudad física, que objetivaba la permanencia del individuo dentro de su contorno, se transmutaba o disolvía, de manera que lo desarraigaba de la realidad, uno de sus constituyentes psíquicos. Hubo, entonces, “una generalizada experiencia de desarraigo al entrar la ciudad al movimiento que regía el sistema económico expansivo de la época: los ciudadanos ya establecidos de antes veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad, a la transformación, al futuro”, debido a las carencias de vínculos emocionales con el nuevo escenario urbano (2004, 123-124). Los efectos de la disgregación del tejido social y del colapso producido por las veloces transformaciones de la PEA son elementos analizados por la investigadora Susana Rosano:

La sensación agobiante de que la gente de los suburbios, del campo y del interior del país había invadido Buenos Aires fue compartida por sectores pertenecientes a las clases medias y altas porteñas, pero también por los intelectuales de izquierda que en aquel entonces se solidarizaron con el espanto de la “gente bien” de Buenos Aires y su intento por preservar su carácter de ciudad culta y aristocrática, sus jerarquías espaciales y su propiedad territorial. (2003, 9)

Para el señor Lanari, la nueva Buenos Aires va perdiendo todo rasgo de *lugar antropológico*, pues se van borrando en ella los puntos

de referencia vinculados a su historia junto con las condiciones de una memoria “que se vincula con ciertos lugares y contribuye a reforzar su carácter sagrado” (Eliade 1967, 59). Según el historiador rumano de las religiones, instalarse en un territorio, edificar una morada, exige una decisión vital, tanto para la comunidad entera como para el individuo, pues se trata de *asumir la creación del mundo que se ha escogido para habitar*. Es preciso, pues, imitar la obra de los dioses, la cosmogonía. Una vivienda no es entonces un objeto, una máquina de residir —como afirmaría Le Corbusier—: es el universo que el hombre se construye imitando la Creación. Para Eliade, toda construcción y toda inauguración de una nueva morada equivale, en cierto modo, a un nuevo comienzo, a una nueva vida. Marc Augé explica que, cuando las aplanadoras borran el terruño, los jóvenes parten a la ciudad o se instalan “alóctonos”, en el sentido más concreto, más espacial; y se borran, con las señales del territorio, las de la identidad. Pero el tratamiento del espacio debe partir de las relaciones sociales a los atributos puramente geográficos: el término “lugar antropológico” se refiere a la construcción concreta y simbólica del espacio; son lugares que tienen sentido porque fueron cargados de este por las personas que los habitaron. Estos sitios tienen, por lo menos, tres rasgos comunes: se consideran identificatorios, relacionales e históricos:

El plano de la casa, las reglas de residencia, los barrios del pueblo, los altares [...] corresponden [...] a un conjunto de posibilidades, de descripciones y de prohibiciones [...] Nacer es nacer en un lugar, tener destinado un sitio de residencia. En este sentido el lugar de nacimiento es constitutivo de la identidad individual. (Augé 1993, 58-59)

La novela de Jorge Icaza también se presenta, desde el título, con un apelativo despectivo, asociado en ciertos contextos a la cualidad de “arribista” y a la de “intruso”. “Chulla” es un vocablo de origen quichua que significa impar, único, solo —en el sentido de solitario—. Dio nombre al pícaro local, un personaje “lleno de picardía y

humor quiteño, mujeriego y plantilla que aparenta lo que no tiene [...] El término en femenino designa, en cambio, a una mujerzuela” (Lubensky 1993, 173)⁴. Al protagonista de la obra se lo llama “chullita” —quien automáticamente “se sentía herido por eso de *chullita*” (Icaza 1965, 20)—, se lo bautiza peyorativamente “cholantajo”, “cholo prosudo” y se lo nombra víctima de la “la tragedia de su acholamiento”. Es importante señalar que el chulla serrano es siempre cholo, es decir, mestizo de indio y blanco que suele ocupar el escalón intermedio dentro de la estructura socio-económica. Su “emblanquecimiento” mestizo le permite ciertos privilegios y posiciones más remunerativas. Hacia el indio, quien se encuentra situado en la base de la pirámide social, adopta una actitud peyorativa y desdenosa. En un sentido más general, el término suele emplearse no solo para sugerir antecedentes indios sino un nivel educativo inferior, costumbres rústicas o vestimenta inapropiada. Pero otra de las acepciones de la palabra es positiva: indica una forma de tratamiento cariñosa y familiar para nombrar a seres del entorno íntimo, como hijos o hijas.

El Chulla Romero y Flores, novela preferida por el autor, retrata las esperanzas (frustradas) de ascenso social del chulla/cholo Luis Alfonso Romero y Flores, hijo de una india de servicio y un gamonal blanco en decadencia, y quien llega al flamante puesto de fiscalizador nombrado por don Ernesto Morejón Galindo, Director Jefe de la Oficina de Investigación Económica. Ha caído en esa oficina “por arte de audacia y golpe de buena suerte” (1965, 27) pero, como veremos, esto solo será posible en un contexto político favorecedor de la inserción urbana de clases antes desplazadas. Su presencia en tal puesto le vale rechazo:

Al observar a los compañeros —burócratas de toda edad y condición— sintió que zozobraba en un oleaje de miradas adversas, de murmullos que despedían toda la pestilencia que deposita en las

4 En este mismo libro la autora analiza el uso del vocablo “chulla” en la novela *Entre Marx y una mujer desnuda* (1976), de Jorge Enrique Adoum, señalando que allí el “chulla” masculino implica un concepto positivo aplicado al hombre. No es el sentido que adopta la novela de Icaza, de publicación más temprana.

almas el esbirrismo de un trabajo inseguro, liquidable, canceroso. En un oleaje que gritaba sin palabras: “¿Por qué?”, “¿Qué corona tiene el chulla?” [...] “Imbécil... Intruso... No sabe nada”, “Perro de la calle no más es...” (9)

Casi siempre los relatos mestizos, como este, presentan tres categorías de personajes: los blancos, los cholos o mestizos, y los indios. Las fuerzas de la naturaleza aparecen personificadas en el indio, y este es manipulado por los cholos en beneficio de un patrón criollo. Pero tanto la “indiada” como el “cholerío” son portadores de vergüenza racial, aunque el segundo lo sea en menor proporción: “Las relaciones de fuerza están en todas partes, y el mejor prisma para analizarlas es el color de piel [...] cuanto más oscura sea la piel mayor será la infamia. El orgullo es siempre blanco” (Saintouil 1998, 156). Informa Manuel Espinosa Polo en *Los mestizos ecuatorianos* (2000) que la constitución racial desencadena el fenómeno de la *cholificación*, por el cual los indios serranos adquieren los rasgos exteriores de la identidad mestiza. Los indios muchas veces quieren ser cholos, y los cholos, a medida que ascienden en la esfera social, buscan antepasados españoles para validar su origen. Se trata de una cadena de apariencias: los mestizos aparentan ser blancos, los mestizos campesinos aparentan ser de la ciudad, los mestizos pobres aparentan ser de la clase media y los mestizos de las clases altas aparentan ser ricos europeos.

A pesar de que la novela se publica en 1958 y que carece de precisiones temporales, Susana Dávila deduce que varios elementos remiten a la década del treinta o a los primeros años del cuarenta, “uno de los periodos de mayor fragilidad política en nuestra historia, pero también al comienzo de la crisis social que permite la aparición de nuevos sectores sociales” (1996, 47). Si por un lado está en crisis el poder de la burguesía financiera que sufría las consecuencias de la Revolución Juliana, por otro lado se está desarrollando una incipiente clase media al amparo de la ampliación de la burocracia estatal, y está resquebrajándose el poder de la antigua aristocracia terrateniente, económicamente maltratada pero todavía poderosa

políticamente. Icaza retrata en esta novela los problemas de “las migraciones de los campesinos a las ciudades en busca de trabajo. Se trata de la elaboración literaria de una denuncia social” (49).

La elección de José María Velasco Ibarra fue la primera manifestación populista del Ecuador y uno de los fenómenos políticos clave de la política ecuatoriana desde la década de 1930 hasta inicios de la década de 1970. Señala Flavia Freidenberg que, como en otros países, la política del régimen oligárquico estaba en crisis y había clases sociales disponibles que exigían su inclusión en el sistema político. La crisis del cacao, el surgimiento de otros productos de exportación (café, sombreros de paja toquilla, tagua, arroz y petróleo), y un modesto proceso de industrialización en el área textil y alimentaria introdujeron modificaciones en el ámbito económico. Además, los cambios en la estructura demográfica, a raíz del acelerado proceso de urbanización de Quito y Guayaquil, del efecto migratorio y de la disminución de la mortalidad infantil, llevaron a que se constituyera un importante sector marginal que se instaló en la periferia de las grandes ciudades (Freidenberg 2007, 89)⁵. Esto ocurrió tras la crisis del sistema de dominación liberal (1895 y 1925) y supuso la organización de las clases populares, la clase media y la estructuración de dos federaciones nacionales de trabajadores. Velasco Ibarra emergió en ese contexto para reivindicar y guiar a esos sectores disponibles en su camino hacia la política. “Fue el que introdujo la política de masas en el país, incorporando a la práctica política (tanto de manera simbólica como en términos concretos) a sectores que se habían mantenido excluidos hasta ese momento de la comunidad política” (2007, 89). Se trató de un camino semejante al emprendido por Perón en el país conosureño, señalado en páginas anteriores, aunque en el país andino no se dieron procesos significativos de sustitución de importaciones, etapas de profundo desarrollo industrial o la emergencia de

5 El barrio donde vive el chulla es el de San Juan, prendido en las faldas del Pichincha. En la novela de Icaza se lo describe como un barrio con “casas sin aplomo, tapias derruidas [...] Olor a medias sucias, a tabaco, a sarro de orinas, a bodega de monturas” (112).

una burguesía extensa. Solo en este contexto de inserción de sectores marginales podemos entender que un tipo social como el chulla se convierta en fiscalizador de cuentas de oligarcas y gamonales, con la potestad de denunciar posibles fraudes, estafas, cuentas sucias, reliquidaciones y comprobantes de partidas de dinero, incluso del candidato a la Presidencia de la República, don Ramiro. La amenaza que entraña el cholo para las clases dominantes en decadencia hace emerger el lenguaje zoológico: “Doña Francisca, mirando al pequeño burócrata con la curiosidad de quien observa los desplantes venenosos de un miserable gusano antes de aplastarle” (Icaza 1965, 25). Se le recuerda al advenedizo su condición vergonzosa o el estigma de su origen, por ejemplo, al hablar del padre del chulla: “Los amigos le perdonamos todas sus flaquezas, menos la última [...] [e]l concubinato público [...] con una india del servicio doméstico. ¿No es así, joven? —interrogó la informante con ironía de bofetada en el rostro—” (28).

El cholo es, por lo común, presentado como cobarde e hipócrita, un ser híbrido que parece haber heredado todos los defectos de los blancos y de los indios, sobre todo, el atavismo de estos últimos. El mismo candidato a la presidencia tiene una historia semejante a la del *chullita*, según relata don Guachicola:

Llegó hace muchos años de un pueblo perdido en la cordillera. Llegó con esa irritación de arribismo de todo chagra para doctor. ¡Flor de provincia! No pudo o no quiso concluir la universidad [...] Sin ser un adonis, indio lavado, medio blanquito, las mujeres le ayudaron a vivir. Despreciando el amor en su forma sincera, se amarró a la dote de doña Francisca Montes y Ayala. [...] Cuidó exageradamente la indumentaria, el olor... como usted, chullita. Es de verle en los entierros, en los matrimonios, en las visitas de etiqueta [...] de chaqué, de bombín, de botainas y de bastón. (21-22)⁶

6 En los dos textos analizados se alude a factores lingüísticos como la fonética, las formas de cortesía, el uso de modismos, como mecanismos para anular o marcar la distancia social. Así, el chulla intenta encubrir “su ignorancia y chabacanería cholas” rasgando las erres y purificando las elles. En el cuento

Como en una novela de aprendizaje, en un camino progresivo de desengaño, el chulla descubre en carne propia que “secretos de los de arriba no conocen los de abajo. Es pecado, crimen, ¡traición!” (136) y ve esfumarse sus ilusiones de ascenso, pierde su trabajo, es perseguido, muere su mujer. Pero la novela concluye con una autoafirmación consciente y positiva de su condición híbrida mestiza y de la pertenencia a una clase social desfavorecida pero auténtica: “Por primera vez era el que en realidad debía ser: un mozo del vecindario pobre con ganas de unirse a las gentes que le ayudaron —extraño despertar de una fuerza individual y colectiva a la vez—” (151). Aquí la focalización interna nos ofrece la visión opuesta a la alienada del señor Lanari, más afín a la que podríamos atribuir a los llamados *cabecita negra* del cuento de Rozenmacher.

Para concluir, tanto Buenos Aires como Quito modificaron la fisonomía de su paisaje lingüístico como resultado de dinámicas sociales y culturales causadas por la urbanización y las migraciones ciudadanas. En la misma línea de Walter Benjamin, quien estudió el surgimiento de arquetipos sociales, como el *flâneur* o el dandy, emergentes de la modernidad urbana burguesa en tiempos de Napoleón III, podríamos hipotetizar que políticas populistas en Argentina y Ecuador, sumadas a determinadas condiciones económicas nacionales, favorecieron la emergencia urbana de nuevos tipos sociales locales reputados negativamente, como el chulla y el cabecita negra, y la literatura de ambos países irradió las tensiones de este nuevo crisol.

de Rozenmacher, “el voseo golpeó” al señor Lanari como un puñetazo. “*Dame café*, dijo el policía y en ese momento el señor Lanari sintió que lo estaban humillando. Toda su vida había trabajado para tener eso, para que no lo atropellaran y así de repente, ese hombre, un cualquiera, un vigilante de mala muerte lo trataba de che, le gritaba, lo ofendía” (59).

Obras citadas

- Augé, Marc. 1993. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Dávila, Susana. 1996. *El chulla Romero y Flores en la perspectiva de Bajtín*. Quito: UASB.
- Eliade, Mircea. 1967. *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Guadarrama.
- Espinosa Polo, Manuel. 2000. *Los mestizos ecuatorianos*. Quito: Tramasocial.
- Freidenberg, Flavia. 2007. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Germani, Gino. 1973. *El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Icaza, Jorge. 1965. *El Chulla Romero y Flores*. Buenos Aires: Losada.
- Lubensky, María Jaramillo de. 1993. *Ecuadorianismos en la Literatura*. Quito: Banco Central del Ecuador.
- Rama, Ángel. 2004. *La ciudad letrada*. Santiago: Tajamar.
- Ramos Mejía, José María. 1956. *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Emecé.
- Rosano, Susana. 2003. “El peronismo a la luz de la *desviación latinoamericana: literatura y sujeto popular*”. *Colorado Review of Hispanic Studies* 1, n.º 1: 8-16.
- Rovira, José Carlos. 2005. *Ciudad y literatura en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Rozenmacher, Germán. 1962. “Cabecita negra”. *Cuentos completos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Saintoul, Catherine. 1998. *Racismo, etnocentrismo y literatura. La novela indigenista andina*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.